

— Sí, señor.....

Ella no sabía qué responder, sobrecogida con el encuentro de aquel señor que le hablaba por primera vez. Él tomó entre las suyas las manos de la joven, y la estuvo mirando fijamente en silencio; pero sus labios, sus manos, todo él temblaba, y parecía que una oleada de sangre trasformaba en vivo rojo su palidez:

— Pues adios..... buen viaje; y así diciendo, la atrajo contra su pecho con la ternura de un abuelo, y luego se fué llevando ambas manos sobre el corazón.

XIII.

El discurso de Chambéry.

No, no, yo me hago golondrina, y tomo el vuelo,
Y tomo el vuelo batiendo las alas....

De buen humor y con su voz agrídulce y límpida se había levantado aquella mañana la pequeña Bachellery; y ya estaba envuelta en un gaban fantástico con capucha de seda azul, puesta una toquilla rodeada de un gran velo de gasa, y se abotonaba los guantes cantando delante del espejo, dispuesta para una excursión su alegre personita, que exhalaba un agradable olor de ropa fresca y de vestido nuevo. La corrección de su bien ajustado traje contrastaba con el desorden del cuarto, en donde se veían los restos de la cena sobre la mesa, en medio de las fichas, de las barajas y de las bujías, y cerca de la cama, medio deshecha, había una gran tina llena de suero de Arvillard, excelente para calmar los nervios y satinar el cutis de las bañistas.

Á la puerta de la fonda esperaba el carruaje; los caballos piafaban haciendo sonar los cascabeles, y los de la joven escolta caracoleaban delante de la escalinata.

Ya estaba lista para salir cuando llamaron á la puerta.

— Adelante.

Roumestan entró muy conmovido, y dándole un pliego cerrado, le dijo:

— Tomad, señorita... leed.... leed....

Era su contrato para cantar en la Opera durante cinco años, con todos los sueldos, beneficios y gangas que ella quería. Abriólo, descifró artículo tras artículo friamente, hasta la garrapata firma de Cardaillac, y cuando concluyó, sólo entonces dió un paso hácia el Ministro, y levantando su velo con su pico de rosa al aire, le dijo :

— Sois muy bueno..... os amo.

No se necesitaba más para que aquel hombre público olvidara todos los compromisos y disgustos que no podria ménos de producirle la debilidad que acababa de cometer. Contúvose, no obstante, y tieso, frio, ceñudo como una roca, dijo á la cantarina :

— Ahora he cumplido mi palabra, y me retiro.... no quiero estorbar vuestra jira....

— ¿ Mi jira ? ; Ah ! sí, es verdad..... Íbamos al castillo de Bayardo..... Y echándole ambos brazos al cuello, añadió con mucha zalamería :

— Vendréis con nosotros..... ¡ Oh ! sí..... sí.....

Diciendo esto restregaba sus cejas por las mejillas del Ministro, y casi le rozaba su barba de estatua no muy sólida con sus diente-cillos de niño.

— ¿ Con esos jóvenes?..... Imposible..... no penseis en eso.

— ¿ Esos jóvenes ?..... Buen caso hago yo de ellos..... Ahora veréis..... María, anda y despáchalos..... ¡ Oh ! ya están acostumbrados..... ¿ Lo oyes, mamá ?

— Ya voy, dijo madama Bachellery, que se dejaba ver en la otra habitacion, con el pié en una silla, esforzándose por calzar sobre sus viejas medias unos botines de cutil demasiado estrechos. Cuando terminó su fatigosa tarea, entró en la sala é hizo al Ministro su ceremoniosa reverencia al uso de las *Folies Bordelaises*, y bajó más que deprisa á despedir á aquellos señores.

— Guarda un caballo para Bompard, que vendrá con nosotros, gritó á la grande la pequeña Bachellery; y Numa, encantado por la atencion, saboreó la dicha de oir, con la linda jóven entre los brazos, cómo se iba al paso, alicaída, la turba de jóvenes, cuyos caracoleos habian tantas veces mortificado su corazon. La chiquilla aumentó la deliciosa sensacion del Ministro dándole un beso interminable, apoyado en una sonrisa, con la que se lo prometia todo ; despues se apartó de él y le dijo :

— Id pronto á vestiros.... Ya quisiera estar en el camino.

Cuando en la fonda vieron al Ministro con su gran chaleco blanco y el sombrero de paja que sombreaba su cara romana, sentado en el coche descubierto con la cantarina, ir de jira al castillo de Bayardo, se produjo un rumor de curiosidad; ¡ qué movimiento detras de las persianas !..... Pero despues de todo y bien mirado, como decia el padre Olivieri, á quien sus viajes habian aguerrido mucho, ¿ qué mal habia en ello ? ¿ No los acompañaba la madre á visitar el castillo de Bayardo, que á título de monumento histórico entraba en las atribuciones ministeriales ? ; Dios mio ! ¿ Por qué hemos de ser tan intolerantes con hombres como Mr. Roumestan, que exponen su vida por defender las doctrinas conservadoras y nuestra santa religion ?

— ¿ En qué piensa Bompard que no acaba de llegar ? murmuraba Roumestan, impaciente de estar delante de la fonda expuesto á todas las miradas, que se hallaban fijas en él, cual fusiles dispuestos á dispararse. Bompard apareció al fin, pero en una ventana, diciendo :

— Id delante..... Yo os alcanzaré.

Como si sólo esperasen esta señal, las mulas echaron á correr, atravesando rápidamente el establecimiento de los baños.

— ¡ Tened cuidado ! Apartaos.

Los bañistas, atropellados, las sillas de mano, todo se apar-

taba formando línea para dejar pasar el coche; las criadas, con sus grandes delantales blancos, aparecían á la entrada de la galería; los frotadores desnudos como beduinos, bajo sus cobertores de lana, asomaban la cabeza por la escalera de las estufas; en la sala de inhalacion se levantaban las cortinas azules.... Todo el mundo queria ver pasar al Ministro y á la cantarina.... más ya estaban léjos; lanzados al galope de las mulas, descendían las negras callejuelas de Arvillard, empedradas ó desempedradas con guijarros puntiagudos, con venas de azufre y de fuego, que hacían saltar el carruaje que iba echando chispas, estremeciendo las casuchas asquerosas, y haciendo aparecer en las ventanas llenas de anuncios, en las puertas de las tiendas de bastones herrados, de sombrillas, de pasamontañas, de piedras calcáreas, de minerales, de cristales y de toda clase de atrapa-bañistas, cabezas que se inclinan y frentes que se descubren á la vista del Ministro. Las señoras, muy orgullosas, sentadas frente á él, comprenden perfectamente todo el honor que reciben, y no se encuentran á sus anchas sino cuando se ven fuera del pueblo y al pié de la torre de Treuil, donde debe incorporárseles Bompard; pero el tiempo pasa y Bompard no llega, aunque él se vanagloria de ser buen jinete. Su tardanza empieza por sorprender y acaba por irritar; sobre todo á Numa, que se impacienta al verse léjos de adelantar en aquella jornada que se abre ante él cual nueva vida llena de esperanzas y de aventuras. Al fin, entre una nube de polvo se oye una voz espantada que grita: «¡Ho.... la.... ho.... la....!» y se ve aparecer la cabeza de Bompard, cubierta con un casco de corcho envuelto en un velo blanco, semejante al que usa el ejército inglés en la India, y que el meridional lleva para dar más importancia y dramatizar su viaje, haciendo creer al sombrerero que partía para Bombay y Calcuta.

—¿Acabarás de llegar, sabio?

Bompard meneó la cabeza con aire trágico; sin duda le había ocurrido algo grave al salir de la fonda, porque traía manchas de tierra en la manga y en la espalda. «Mal caballo, dijo, saludando á las señoras, miéntras el carruaje se ponía en marcha; mal caballo, pero al fin lo puse al paso.»

Tan al paso, que el animal no queria andar y daba vueltas sobre sí mismo como un gato enfermo, á pesar de todos los esfuerzos del jinete. El carruaje ya estaba léjos, y Numa le gritaba: «¿Vienes ó no vienes, Bompard?....»

—Id delante, yo os alcanzaré.... gritaba el pobre hombre; pero haciendo un gesto desesperado, volvió camino de Arvillard á todo galope. «Habrá olvidado algo», dijeron los viajeros, y ya no pensaron más en él.

La perspectiva era magnífica; la carretera daba vueltas por las alturas, rodeada de nogales, dejando á la izquierda bosques de castaños y de pinos, y á la derecha, pendientes inmensas, desarrollándose hasta perderse de vista en el fondo, donde las aldeas aparecían como encerradas entre viñedos cubiertos de trigo, de maizales, de moreras, de almendros y de tapices deslumbradores de hierbas, cuyas flores doradas parecían inflamadas por el sol.

Roumestan no recordaba paisaje comparable con aquel, ni aún en su querida Provenza, y no imaginaba que pudiera haber felicidad comparable con la suya. Ni sentía inquietud ni remordimiento. Su mujer, fiel y confiada; la esperanza de tener un hijo; la siniestra prediccion de Bouchereau sobre la enfermedad de la pobre Hortensia; el efecto desastroso que no podría ménos de producir la publicacion del decreto de Cardaillac en el Diario oficial, nada de esto existía para él. Todo su destino estaba concentrado en la hermosa jóven, cuyos ojos se reflejaban en los suyos, cuyas rodillas estrechaban las suyas, y que bajo el azulado velo dejaba ver su rubio cútis, cantando con las manos del Ministro entre las suyas:

Ahora que me siento amada
Huyamos á la enramada.....

El coche corría ya por la inmensa llanura que se desarrollaba en semicírculo, dejando ver lagos y aldeas, y más léjos las montañas de Saboya. «¡Qué hermosura, qué grandeza!» decía la cantarina..... y él le respondía por lo bajo «¡Cuánto os amo!»

Cuando hicieron la última parada, encontraron á Bompard, á pié, con el aire más apenado imaginable, y con el caballo de la brida: «Este animal es sorprendente....» dijo, y las señoras le preguntaron si había caído: «No..... Es una antigua herida que se ha abierto de nuevo.....» ¡Herido!..... ¿dónde, cuándo? Nunca, nunca había hablado de tal herida; pero con Bompard era preciso esperar la sorpresa. Hicieronlo montar en el carruaje; amarraron su pacífico caballo detras, y continuaron su camino hasta el castillo de Bayardo, cuyas dos torres, torpemente restauradas, se veían en una altura.

Adelantóse á recibirlos una criada, montañesa solapada, que estaba á las órdenes de un cura viejo, que vive en el castillo de Bayardo, á condicion de dejar entrar libremente á los viajeros. Cuando se anunciaba una visita, el cura la recibía en su cuarto, á ménos que no se tratára de elevados personajes; pero en esta ocasion el Ministro se guardó bien de decir quién era, y él y la compañía fueron recibidos como simples viajeros, á quienes la criada enseñó, dándoles explicaciones con tono de salmodia, lo que quedaba del antiguo castillo del caballero sin miedo y sin reproche, miéntras que el cohecho ponía la canasta del almuerzo en un merendero del jardín. «Esta es la antigua capilla donde el buen caballero por la mañana y por la tarde..... Suplico á las señoras y al caballero que consideren el espesor de estas murallas.....» Ni las señoras ni el caballero consideraban nada. Como todos los de su género, el

interior del castillo era oscuro, y tropezaban en los cascotes de yeso caidos del techo. Numa daba el brazo á la cantarina, burlándose un poco del caballero Bayardo y de «su respetable madre, la señora Elena de los Alemanes.» Aquellos recuerdos de cosas viejas los aburría; y para conocer el eco de las bóvedas de la cocina, la criada entonó la última cancion de su marido, que era un poco picante, sin que nadie se escandalizára; ántes bien al contrario, parecia que agradaba á todos:

Yo tengo esto de papá..... Yo tengo esto de mamá.....

En el jardín, donde el almuerzo estaba servido, sobre pesada mesa de piedra, el buen humor de la compañía aumentó, y cuando estuvo el hambre satisfecha, llamó su atencion el esplendor del horizonte que los rodeaba. A los postres abrió el Ministro la guía del viajero para refrescar la memoria y habló de Bayardo, «de la pobre señora, su madre, que tiernamente oraba» el día que su hijo, paje del Duque de Saboya, partía para Chambery, haciendo caracolear su caballito delante de la puerta del Norte, en este mismo sitio en que la sombra de la gruesa torre, majestuosa y débil, se extendía como el fantasma del viejo castillo desvanecido. Numa se excitaba leyéndoles las buenas palabras que Elena decía á su hijo al despedirse de él: «Pedro, amigo mio, os recomiendo que ante todo ameís, temais y sirvais á Dios, sin ofenderlo nunca si os es posible.» En pié sobre la terraza, con gesto maternal dirigido hácia Chambery, la dama añadía: «Esto es lo que debe decirse á los niños, lo que todos los padres, lo que todos los amos.....»

—Numa se detuvo, dióse una palmada en la frente y exclamó:

—¡Mi discurso! hé aquí mi discurso... ya le tengo.....

¡ Soberbio! El castillo de Bayardo, una leyenda local....
¡ Quince días hace que le busco, y hélo aquí!

— Es providencial, dijo madama Bachellery llena de admiración, aunque encontrando un poco grave la conclusión del almuerzo.... ¡ Qué hombre, qué hombre!

La pequeña Bachellery parecía también muy excitada; pero el impresionable Roumestan no se ocupaba de ella. El fuego de la oratoria hervía bajo su frente, en su pecho, y absorto en su idea, exclamaba, mirando en torno suyo.

— Lo bueno sería fechar la cosa en el castillo de Bayardo.

— Si el Sr. abogado quisiera un rincón solitario para escribir.... dijo la criada.

— ¡ Oh! sí.... sólo para tomar algunas notas.... Permitidme, señoras.... miétras os sirven el café.... Ya vuelvo....

La criada lo instaló en un cuartito del piso bajo, con redonda bóveda, en la que se veían fragmentos de dorados, y que pretendían haber sido el oratorio de Bayardo, así como la vasta sala inmediata, su alcoba. Al principio la pluma del orador no respondía con rapidez al entusiasmo de la idea.... De repente se detuvo; su cerebro vacío de palabras ó fatigado del camino y de los vapores del almuerzo, no respondía á su deseo : levantóse y se paseó del oratorio á la alcoba, hablando alto, excitándose, escuchando sus pasos que resonaban en las bóvedas como si fueran los de un aparecido ilustre, y volvió á sentarse sin poder llegar á escribir una línea.... Le parecía que todo daba vueltas en torno suyo; las paredes blanqueadas con cal, el rayo de luz que entraba por las ventanas.... Luego oyó ruido de platos y de risas en el jardín, lejos, muy lejos, y concluyó por dormirse profundamente sobre el borador.

Un trueno terrible lo despertó.... ¿ Cuánto tiempo hacía que estaba allí? Algo confuso salió al jardín, en donde sólo vio á la criada que recogía la vajilla del almuerzo, y que dijo

á Numa que la señorita, sintiendo un gran dolor de cabeza después de almorzar, había ido á dormir un poco en la alcoba de Bayardo, cerrando ántes sin ruido la puerta del oratorio para no distraer al señor que trabajaba. La otra señora y el del casco blanco habían descendido al valle, donde de seguro se mojarían porque empezaba á llover....

En la dirección que ella indicaba, sobre la cresta desportillada de los montes calcáreos, se levantaba la gran Cartuja, envuelta en relámpagos cual misterioso Sinaí; el cielo se oscurecía rápidamente, reduciendo el espacio iluminado por el sol en la llanura. Á lo lejos descubrió Roumestan el casco de Bompard, luciente como el cristal de un faro herido por un rayo de sol. Volvió al oratorio, más no pudo trabajar; pero no era el sueño el que paralizaba su pluma; estaba, por el contrario, muy excitado pensando en Elisa Bachellery, que dormía en la alcoba inmediata.... « ¿ Pero estaba aún allí? » Entreabrió la puerta y no se atrevió á cerrarla por no despertar á la cantarina, que estaba echada en la cama, con el cabello suelto y medio desnuda, dejando ver á trechos su blanco cuerpo.

— Veamos, Numa, veamos.... ¡ Qué diablos! ésta es la alcoba de Bayardo....

Como si alguien lo agarrára por el cuello, como un malhechor, volvió á sentarse ante la mesa, con la cabeza entre las manos, tapándose los ojos y las orejas para mejor absorber su mente en la última frase de su discurso, que repetía en voz baja :

— *Y, señores, estas supremas recomendaciones de la madre de Bayardo, llegadas hasta nosotros en el tan dulce lenguaje de la Edad Media, quisiéramos que la Universidad de Francia....*

La tempestad lo enervaba con tal pesadez como las sombras de ciertos árboles de los trópicos á los desgraciados que se ponen bajo ellos. Su mente flotaba ebria con el exqui-

sito olor exhalado por las amargas flores de los tulipanes ó con el de la rubia cabellera de la cantarina esparcida por el lecho. ¡Desgraciado Ministro! En vano se colgaba de su discurso; invocaba al caballero sin miedo y sin tacha, la instrucción pública, los cultos, el rector de Chambéry; todo fué inútil. Necesario le fué volver á la alcoba de Bayardo y acercarse tanto á la dormida cantarina, que oía su respiración, palpaba las cortinas de la cama que servían de marco al sueño provocador, al nacarado color de aquel cuerpo voluptuoso, sonrosado de una sanguínea desvergonzada de Fragonard.

Aun allí, al borde de la tentación, el Ministro luchaba todavía y murmuraba maquinalmente entre sus labios las recomendaciones supremas que la Universidad de Francia..... cuando un trueno resonante despertó á la cantarina sobresaltada, exclamando:

— ¡Oh qué miedo!..... ¡Ah! ¿sois vos?

Ella lo reconocía sonriendo, sin mostrar turbación por el desorden de su vestido; y ambos permanecieron sobrecogidos, inmóviles, confundiendo la llama de sus deseos. La alcoba se oscureció súbitamente, porque el viento cerró con violencia las persianas..... oyeron crujir las puertas, caer al suelo una llave, torbellinos de hojas y de flores rodar sobre la arena, y el silbido de la borrasca.....

— ¡Qué tempestad! dijo ella en voz baja, tomando entre las suyas la mano abrasada del otro y atrayéndole debajo de las cortinas.....

Y, señores, estas supremas recomendaciones de la madre de Bayardo, llegadas hasta nosotros en el tan dulce lenguaje de la Edad Media.....

Esta vez hablaba el gran maestro de la Universidad de Chambéry, delante del viejo castillo de los Duques de Saboya, y del maravilloso anfiteatro de verdes columnas y de nevadas montañas en que paseaba Chateaubriand contemplan-

do el Taygeto: rodeábanle bordadas casacas, palmas académicas, leonetes y charreteras, que dominaban á la multitud, sobreexcitada por la energía de su verbo, por el gesto de su mano robusta, en la que blandía la paleta con mango de marfil que le había servido para cimentar la primera piedra del Liceo..... *Quisiéramos que la Universidad de Francia las inculcara á cada uno de sus hijos: Pedro, amigo mio, os recomiendo ante todo.....* Y mientras citaba estas tiernas palabras la emoción hacía temblar su mano, su voz, sus mofletes, recordando la gran alcoba impregnada de embriagadores aromas, donde, en medio de la agitación de una tempestad memorable, había compuesto el discurso de Chambéry.

XIV.

Las víctimas de Roumestan.

Á las diez de la mañana se llenaba de pretendientes la antesala del Ministro de Instrucción pública. Al entrar, cada uno daba su tarjeta al ujier, que la tomaba, la examinaba, y sin decir palabra, la ponía cuidadosamente junto á él en la mesita colocada en el alfeizar de una ventana. El tal ujier parecía un hombre impasible; pero uno de los recién llegados tuvo el honor de conmover su angusta impasibilidad. Era un hombre grueso, tostado del sol, oliendo á brea, de cuyas orejas pendían dos anclitas, y que hablaba con voz de foca resfriada.....

— Decidle que es Cavantous el piloto..... Él sabe quien soy..... y me espera.....

— No sois el único, respondió el ujier sonriendo de su propia gracia.

Cavantous no le comprendió; pero rió también; abriendo la boca hasta las anclas; y atravesando por entre los pretendientes que llenaban la antesala, fué á sentarse junto á otro paciente tan curtido como él y que al verle exclamó:

— ¡Hola! es Cavantous..... Soy Valmajour; ¿no os acordáis? Nos conocimos allá abajo, en las Arenas.

— ¡Es verdad!..... Pero bien puedes decir que en París te has transformado.

El tamborilero parecía, en efecto, un señor con apariencia de artista. Su larga y negra cabellera la llevaba echada atrás, y con su tinte moreno y su bigote de color de ala de cuervo, cuyas guías estaba constantemente reforciendo, parecía un personaje de feria. Su vanidad de buen mozo y de músico desbordaba dándole una apariencia de hombre superior y dueño de sí mismo. Su derrota en la Ópera no había enfriado su entusiasmo; como todos los actores en casos semejantes, la atribuía á envidiosas cábalas; y para su hermana, como para él, esta palabra tomaba proporciones extraordinarias, pareciéndole que envolvía la idea de un animal misterioso, mezcla de culebra de cascabeles y de caballo apocalíptico.

Valmajour contó á Cavantous que dentro de algunos días se estrenaba en un gran café-concierto del Boulevard, donde figuraría en los cuadros vivos mediante doscientos francos cada mes.

— ¡Doscientos francos cada mes! dijo el piloto abriendo tan desmesuradamente los ojos, que parecía se le iban á saltar de las órbitas.

— Y además, mi *biografía* se venderá en las calles, y mi retrato, de tamaño natural, se verá en todas las paredes de París, ostentando el traje de los antiguos trovadores, que estrenaré esta noche con mi música.

Lo que más le halagaba de todo ello era al traje, y sentía mucho no poder lucir su casquete y sus zapatos abiertos para mostrar al Ministro el brillante contrato que acababa de hacer y que esta vez estaba en buen papel sellado y firmado, aunque no en su presencia.

Cavantous miró el papel sellado, que ya estaba sucio por ambos lados, y dijo suspirando:

— Eres un hombre feliz Un año hace que yo espero mi condecoración.....

— Numa me había dicho que te enviara los papeles; se los

envié..... y desde entónces no he vuelto á oír hablar ni de la condecoracion, ni de los papeles, ni de nada..... Escribí al Ministerio de Marina y me repondieron que no me conocían..... escribí luego al Ministro, y el Ministro no me ha respondido..... Lo peor de todo es que ahora, sin mis papeles, cuando tengo una cuestion con los capitanes de los buques por el pilotaje, el tribunal no quiere oír mis razones..... Viendo esto, he varado la barea y he dicho : vamos á ver á Numa.

Diciendo esto, el pobre piloto casi lloraba. Valmajour le consoló, le tranquilizó, prometiéndole hablar al Ministro en su favor, con la seguridad del hombre á quien nada pueden rehusar. Por lo demas, esta actitud altiva no era suya solamente : todos los pretendientes ostentaban la misma actitud triunfante. Todos eran amigos particulares del Ministro, y seguros de ser bien recibidos, decian al ujier : « Él me espera. »

Cada cual está convencido de que si Roumestan supiera que estaba allí..... Todo esto da á la antesala del Ministro de Instruccion pública un aspecto especial ; allí no se ven las palideces de la fiebre, los semblantes llenos de ansiedad, los sobreexcitados que tiemblan, como en las antesalas de los otros ministerios.

Valmajour se levantó, y dirigiéndose á la mesita, preguntó al ujier en alta voz :

— ¿ Con quién está ?

— Con el Director de la Ópera.

— ¡ Cardaillac ! Eso va bien ; ya sé yo..... es para mi negocio.....

Despues del mal éxito del tamborilero en su teatro, Cardaillac le cerró la puerta. Valmajour quiso armarle un pleito ; pero el Ministro, que teme á los abogados y á los periódicos, obtuvo del músico que no pasase adelante, ofreciéndole que sería indemnizado ; sin duda era esta indemnizacion lo que discutian en aquel momento el Ministro y el Empresario, y

no debía ser sin alguna animacion, porque á cada instante se oía la voz de Numa, que sonaba como una trompeta, y por último, la puerta se abrió bruscamente, y Cardaillac salió lanzándole, al retirarse, esta andanada :

— No es mi protegida, sino vuestra.

El gordo Cardaillac atravesó la antecámara, con ademán furibundo, cruzándose con el ujier, que se adelantaba entre dos filas de recomendados.

— Basta con que le digais mi nombre.....

— Que sepa al ménos que estoy aquí.....

— Decidle que es Cavantous.

El ujier no escuchaba á nadie y se adelantaba muy grave con algunas tarjetas en la mano..... La puerta, que dejó entreabierta al entrar en el gabinete ministerial, permitió á los pretendientes entrar, al ménos con la mirada, en aquel sagrado recinto.

Con extrañeza, que se reflejaba en su semblante cadavérico, el ujier salió y dijo en voz alta :

— El señor Valmajour.

Al músico no le sorprendió que el Ministro le hiciera entrar el primero, porque ya era todo un personaje. Desde por la mañana, su retrato, de tamaño natural, pintado en grandes carteles, llena todas las paredes de París ; es ya un personaje, y el Ministro no le hará ya languidecer entre las corrientes de aire de una estacion de ferro-carril. Pagado de sí mismo, sonriendo, entró en el suntuoso gabinete, donde los secretarios estaban muy atareados revolviendo todos los cajones, como quien busca algo importante que no encuentra. Roumestan, con las manos en los bolsillos, parecia furioso y rugia diciendo :

« Pero, en fin, ¡ qué diablos ! ¿ parecen ó no parecen esos papeles ?..... ¿ Se han perdido, pues, esos papeles ?..... En verdad, señores, que hay aquí un desórden..... »

En esto vió á Valmajour; y miéntras los dos secretarios escapaban por las puertas laterales, cargados con paquetes de papeles, le dijo acercándosele y cogiéndole con violencia por la solapa: «¡Ah! ¿sois vos?.... ¿sois vos?.... Veamos; ¿es que no vais á acabar nunca de perseguirme con vuestra música de perros?.... ¿No teneis bastante con una silba, que aún necesitais otra?.... Ahora me dicen que os han retratado en grandes carteles.... ¿Y qué significa esta otra farsa que acaban de traerme?.... ¿Es ésta vuestra biografía?.... Un tejido de necedades y de mentiras.... Demasiado sabeis que sois tan príncipe como yo; que esos pergaminos de que se habla sólo han existido en vuestra imaginacion.»

Con gesto discutidor y brutal, el Ministro tenía á su víctima agarrado por la solapa y lo sacudía con violencia miéntras hablaba. «Por lo pronto, el empresario no tenía dinero y no cumpliría el contrato: no le pagarían, y pasaría por la vergüenza de ver por todo Paris el mamarracho á que llamaban su retrato, y comprometido el nombre de su protector. Los periódicos iban indudablemente á recomenzar sus ataques contra Roumestan y Valmajour, el pito del Ministerio.... Excitándose con el recuerdo de las injurias, gritaba con todas sus fuerzas: «¡Idos de aquí, miserable!.... ¡marchaos!.... Nadie quiere oír ya vuestro pito.»

Valmajour, aturdido, no resistía, y balbuceaba sin saber lo que se decía: «Va bien.... bien va....» y con mirada angustiosa imploraba á Mejean, único á quien la cólera del Ministro no había puesto en fuga, y al gran retrato de Fontanés, que parecía escandalizado de tales violencias, y que acentuaba más su aire autoritario cuanto más lo perdía su sucesor Roumestan. Al cabo el Ministro soltó al músico, y éste, atolondrado, echó á correr.... El ujier, impasible, presentó á Numa nueva lista de nombres, y Su Excelencia dijo: «Cavantous piloto!.... Aquí tenemos otro Valmajour.... ¡Ah!

no, no.... Ya estoy cansado de sus engaños.... He concluido por hoy.... Ya no recibo más....» Y continuó recorriendo á grandes pasos el gabinete, disipando lo que le restaba de la cólera que tan injustamente había desfogado sobre Valmajour.... ¡Qué imprudencia la de Cardaillac! reprocharle el contrato de la *niña* en su casa, en pleno Ministerio, delante de Mejean, delante de Rochemaure. «¡Ah! decididamente soy muy débil.... El nombramiento de este hombre para director de la Ópera fué una grave falta.» Su secretario era de la misma opinion; pero se guardaba muy bien de decírselo, porque Numa no era ya el buen amigo de otros tiempos, que se reía el primero de sus propias tonterías, aceptando las bromas y hasta las criticas severas. Llegado á jefe efectivo del Ministerio, gracias á su discurso de Chambery y á otras proezas oratorias, la embriaguez de su elevacion, esa atmósfera real en la que naufragan las cabezas mejor organizadas, lo habían cambiado, desarrollando su sistema nervioso hasta hacer que se irritára por cualquier cosa.

Abrióse una puerta de escape y apareció madama Roumestan pronta á salir, y con el aire de serenidad que hacia cinco meses iluminaba su semblante, dijo: «¿Es hoy dia de Consejo?.... Buenos dias, señor Mejean.»

—Sí, sí.... Consejo.... sesion.... Todo.

—Yo venía á pedirte que vinieras á casa de mamá á almorzar con nosotros.... Hortensia se hubiera alegrado mucho.

—Ya ves, no es posible. Miró su reloj, y añadió: á las doce debo estar en Versalles.

—Entonces, te espero é iré contigo hasta la Estacion.

Él vaciló un momento y dijo:

—Muy bien.... Firmaré esto y saldrémos.

Miéntras él escribía, Rosalia daba á Mejean noticias de su hermana. La vuelta del invierno la inquietaba, porque el médico le había prohibido salir de casa. ¿Por qué no iba él á

verla? Ella tenía necesidad de ver á sus amigos. Mejean hizo un gesto de desaliento, diciendo : « ¡ Oh ! yo..... »

— Sí..... sí..... Todo no ha concluido para vos..... No es más que un capricho, y estoy segura de que no será durable.

Ella era feliz y queria que todo el mundo lo fuera en torno suyo. Su felicidad era tan completa..... Roumestan por su parte hablaba á todo el mundo de la dicha que le esperaba; á los indiferentes como á los amigos decia con cómico orgullo : « Le llamaremos el hijo del misterio », y reia hasta llorar celebrando su gracia. Para los que conocian su existencia y la imprudencia con que habia instalado su familia en el palacio ministerial, dando saraos y con mesa franca, este marido tan tierno para con su esposa, que hablaba con lágrimas en los ojos de su futura paternidad, parecia indefinible, impávido en la mentira, sincero en la efusion de sus sentimientos, y haciendo imposibles los juicios para los que no conocen las peligrosas complicaciones de los temperamentos meridionales.

— Decididamente te conduzco á casa de tus padres, dijo á su mujer al subir al coche.

— ¿ Pues no te están esperando?.....

— Tanto peor para ellos..... Que me esperen..... Así estaremos juntos más tiempo.

Tomó el brazo de Rosalía bajo el suyo; y estrechándola como si fuera una niña, añadió :

— ¿ Ves tú? Yo no estoy bien más que así..... Tu dulzura me aplaca; tu sangre fría me reconforta..... Ese Cardaillac me ha puesto en un estado..... Es un hombre sin conciencia, sin moralidad.....

— Pues qué, ¿ no le conocias?

— Él dirige el teatro de manera que es una vergüenza.

— ¿ Es verdad que ha firmado el contrato con esa señorita Bachellery?..... ¿ Por qué lo has consentido?..... ¿ No sabia

que es una muchacha falsa en todo; en la juventud, en la voz y hasta en las cejas?

Mientras así hablaba su esposa, á Numa un color se le iba y otro se le venia..... Ahora era él quien, con el extremo de sus gordos dedos, pegaba las cejas postizas á la niña..... La gorda mamá le habia enseñado este oficio.

— ¿ Por cuenta de quién corre ahora esa cabeza?..... El *Mensajero* hablaba el otro dia de altas influencias..... de proteccion misteriosa.....

— No sé..... Acaso por cuenta de Cardaillac.....

Diciendo esto, volvió á otro lado la cabeza para ocultar su confusion, y de repente se echó atras espantado.

— ¿ Qué es eso? preguntó Rosalía mirando por la portezuela. Era el inmenso cartel lleno con el retrato mamarracheado de colorines del trovador tamborilero..... En la empalizada que cierra las obras del Hotel de Ville, ante la que pasaba su carruaje, habia muchas copias de este reclamo grosero, llamativo, que dejaba estupefacto á los transeuntes.

Al verlo, Roumestan exclamó con aire desolado :

— ¡ Mi verdugo !

Rosalía, con dulzura, pero seria, le dijo :

— No, di tu víctima..... ¡ Y si fuera la única ! Desgraciadamente, á otra se le ha pegado el fuego de tu entusiasmo.

— ¿ Á quién?

— Á Hortensia.

Rosalía le contó entónces lo que habia descubierto á pesar del misterio en que su hermana envolvía su amor por el campesino. Lo que al principio creyó un capricho la llenaba ahora de inquietud, temiendo fuera una aberracion moral.

Indignábase el Ministro, exclamando :

— ¡ Eso es imposible!..... ¡ Un rústico!.....

— Ella lo ve al traves de su imaginacion, y sobre todo, de tus leyendas, de tus invenciones, que ha creido con la mejor

buena fe. Por eso, ese reclamo, ese mamarracho de cartel que te irrita me llena á mí de gozo, porque espero que su héroe le parecerá tan ridiculo, que ya no se atreverá á amarle. Si así no fuere, no sé lo que sería de nosotros. Imagina la desesperacion de mi padre..... Imaginate tú mismo cuñado de Valmajour..... ; Ah, Numa, Numa !..... Involuntario engañador.....

Él no se defendía ; irritábase contra sí mismo, contra su genio meridional, que no sabía dominar.

— Siempre deberias proceder como ahora contra mí, querida consejera, protectora santa. Sólo tú eres buena, indulgente ; sólo tú me comprendes y me amas.

Hablando así, Numa llevaba á los labios la manecita enguantada de su esposa ; parecia lleno de conviccion, y casi lloraba lágrimas sinceras que le escaldaban los párpados. Pasada esta efusion, se encontró mejor, se reanimó, y cuando llegaron á la plaza Real y ayudó, con delicadas atenciones, á que bajara del coche su mujer, con tono alegre, libre de remordimientos, dijo al cochero : « A la calle de Lóndres..... pronto »

Rosalía, que andaba despacio, oyó confusamente esta direccion, que le causó honda pena, no porque pensara nada malo, sino porque su marido le habia dicho que iba á la Estacion del ferro-carril de San Lázaro. ¿ Por qué sus actos no respondian nunca á sus palabras ?..... Otra inquietud la esperaba en el cuarto de su hermana, en el que al oírle entrar, suspendieron una acalorada discusion Hortensia y Oliverta, que no pudo disimular su agitacion al entrar Rosalía. La presencia de ésta la contenia ; para ocultar su emocion le preguntaba por su salud, y le hablaba con febril entusiasmo del café cantante, de las buenas condiciones del contrato que hacian á su hermano, y por último, sorprendida de la indiferencia con que la escuchaba, le preguntó con aire casi inso-

lente : « ¿ Vendrá la señora á oír á mi hermano ?..... La cosa vale la pena, aunque no sea más que para verlo con su traje de trovador. »

Hortensia, que no se atrevia á levantar los ojos del suelo para mirar á su hermana, parecia visiblemente atormentada al oír la descripcion pomposa que hacia Oliverta del ridiculo traje de su hermano. Rosalía se excusó diciendo que el estado de su salud no le permitia ir al teatro. Además, habia en Paris ciertos establecimientos públicos, á los que no todas las mujeres podian ir. La campesina la detuvo á las primoras palabras diciendo : « Perdonad ; pero yo voy, que valgo tanto como cualquiera otra, porque nunca he hecho nada malo y cumplo todos los dias con mis deberes religiosos. » Levantaba la voz olvidada de su antigua timidez ; pero Rosalía era demasiado buena para humillar á la pobre ignorante, sobre todo al pensar en la responsabilidad de Numa ; y con toda la bondad de su corazon, con esa delicadeza de palabra, que curan aunque quemen, trató de hacerle comprender que su hermano no podia esperar el menor éxito en aquel Paris implacable, y que en vez de empeñarse en sostener una lucha humillante, descendiendo las últimas gradas de la escala artística, haria mucho mejor en volverse á su pais y comprar otra vez su casa, para lo cual se le procuraria los medios, olvidando, con su vuelta á la vida laboriosa del campo los sinsabores de su desgraciada expedicion.

La campesina la dejó terminar su arenga sin interrumpirla, pero lanzando sobre Hortensia penetrantes miradas como para excitarla á que replicara á su hermana ; mas viendo que la jóven no queria decir nada, declaró con frialdad que no se irian, que su hermano tenia en Paris compromisos de todos géneros, de todos..... de todos..... á los que le era imposible faltar. En seguida se echó al brazo la pesada manta húmeda, que habia colocado en la espalda de un sillón ; hizo una hipó-

crita reverencia á Rosalía, diciéndole : « Buenos días, señora... y al ménos recibid las gracias por vuestra bondad. » Y salió de la habitacion seguida de Hortensia. Una vez en la antesala, bajando la voz, añadió : « El domingo por la noche.... á las diez y media sin falta. » Y con tono apremiante, autoritario, añadió : « Debeis hacerlo por vuestro pobre amigo.... para animarle.... ¿ Qué arriesgais en ello? Soy yo quien vendré á buscaros.... Yo quien os acompañaré á casa. » Viéndola vacilar, añadió, levantando la voz en tono de amenaza :

— Veamos.... ¿ Sois ó no sois su prometida?

— Iré.... iré.... dijo la jóven espantada.

Cuando volvió á su habitacion, viéndola retraida y triste, Rosalía le preguntó :

— ¿ En qué piensas, querida?.... ¿ Piensas acaso en la continuacion de tu novela?.... Despues de tanto tiempo debe estar muy adelantada, añadió risueña, poniéndole las manos en la cintura.

— ¡ Oh ! sí, sí; muy adelantada....

Y con melancólica entonacion, despues de un corto silencio, Hortensia añadió :

— Es el desenlace lo que no encuentro.

Hortensia no amaba al músico, acaso no lo habia amado nunca. Trasfigurado por la ausencia y por el dulce brillo que la audacia daba al abencerraje, se le aparecia de léjos como el hombre de su destino. Habia encontrado digno de ella el comprometer su existencia por el que se veia abandonado por el éxito y por sus protectores. Pero al volver de los baños, á la implacable luz de la realidad, vió con terror cuánto se habia engañado. En la primera visita de Oliverta le extrañaron sus nuevas maneras, sus libertades demasiado familiares y las miradas de complicidad con que le advertia por lo bajo que él iba á subir á buscarla. Parecíale esto demasiado atrevido, repugnándole la idea de introducir á aquel hombre en

la casa de sus padres; pero la campesina queria precipitar las cosas. Hortensia comprendió aterrorizada, á la vista de aquel farsante, que echaba atras su melena con movimiento de inspirado, que sin querer removía sobre su cabeza el sombrero provincial, sin saber cómo ponerlo, procurando de la manera más visible lucir su varonil belleza, que no era el ideal que ella se habia forjado.

En lugar de humillarse un poco y de hacerse perdonar el arranque generoso que habia inspirado, él mostraba aire de vencedor pagado de la conquista, y sin hablar, porque no hubiera sabido qué decir, trataba á la fina parisiense cual lo hubiera hecho con una de las *combette* de su país; echóle una mano á la cintura con aire de soldado trovador y quiso atraérsela.... Pero ella lo rechazó con violencia dejándolo asustado, miéntras Oliverta intervenia con viveza riñendo á su hermano. « ¿ Qué maneras son éstas? Sin duda las habia aprendido en el arrabal de San German, en las casas de la aristocracia. Al ménos, espera á que sea tu mujer. »

Y volviéndose á Hortensia, añadió :

— ¡ Os ama tanto!.... Este pobre pecador tiene la sangre requemada.

Desde entónces, cuando Valmajour iba á buscar á su hermana, creyó debia tomar la actitud sombría y fatal que suelen tener las viñetas de los papeles de música. La jóven hubiera podido conmovirse; pero el pobre jóven le parecia ya demasiado nulo. No sabia más que alisar el pelo de su sombrero, contar el éxito que obtenia en los salones aristocráticos, ó sus rivalidades de actor. Un dia le habló durante una hora de la grosería del hermoso Mayol, que se abstuvo de felicitarle despues de un concierto, y pasó todo el tiempo diciendo á su prometida :

— ¡ Ese es vuestro Mayol!.... ¡ Qué bien educado está vuestro Mayol !

Oliverta tomaba actitudes de vigilante, haciendo alarde de su severidad de gendarme de la moral ante aquellos dos enamorados que no lo parecían. ¡ Ah, si ella hubiese podido adivinar en el alma de Hortensia el terror, el disgusto de su terrible desprecio !

— Anda, capona, le decía alguna vez, aunque sus ojos rebotaban de cólera, porque le parecía que el asunto se prolongaba demasiado y que la jóven le excitaba no atreviéndose á afrontar los reproches y las repugnancias de sus parientes. ¡ Cómo si esto pudiera tenerlo en cuenta aquella naturaleza fiera y libre, como si amára de véras! pero, ¿ cómo decir yo le amo, y armarse, excitarse, combatir, cuando no se ama ?

Sin embargo, ella había prometido, y cada día la acorralaban con nuevas exigencias; así la campesina quería á toda costa que fuera al estreno del tamborilero en el café-cantante, contando con que el éxito y los aplausos concluirían por decidirla; y al fin, despues de prolongada resistencia, la pobre jóven consintió en salir de noche, sin que su madre lo supiera, empleando la mentira y sujetándose á la complicitad humillante de la servidumbre. Había cedido de miedo, por debilidad, y quién sabe si también con la esperanza de volver á ver su vision primera, el espejismo desvanecido, que volviera á encender en su corazón la extinguida llama.

XV.

El Skating.

¿ Dónde estaba eso ? ¿ A dónde iba ella ? El *fiacre* había caminado largo..... largo tiempo, y Oliverta, sentada á su lado, estrechándole las manos, tranquilizándola, hablaba con febril entusiasmo..... Nada veía ni oía, y el chirrido estridente de las ruedas nada significaba para ella; ni veía tampoco aquellas calles, aquellos bulevares, aquellas fachadas, que contemplaba como en su aspecto ordinario, porque bajo la viva emoción que experimentaba, los objetos tomaban formas incoloras, cual si aquel carruaje la llevara indistintamente á una boda ó un entierro.

Por último, unos pasos más y se detienen ante un espacioso andén inundado de luz clara, que dividía en negras sombras, difusas, la apiñada multitud allí reunida.

Veíase una ventanilla para el despacho de billetes; á la entrada de ancho corredor, una mampara forrada de terciopelo encarnado, y despues la sala, una sala inmensa, que con su nave, sus contornos y el estuco de sus altas paredes le recordaba una iglesia anglicana, en donde ella había estado alguna vez para un casamiento; sólo que aquí estaban las paredes cubiertas de carteles de anuncios, mezclados con sombreros y camisas á la medida (á cuatro francos y cincuenta céntimos); los reclamos de los establecimientos de confección alternando